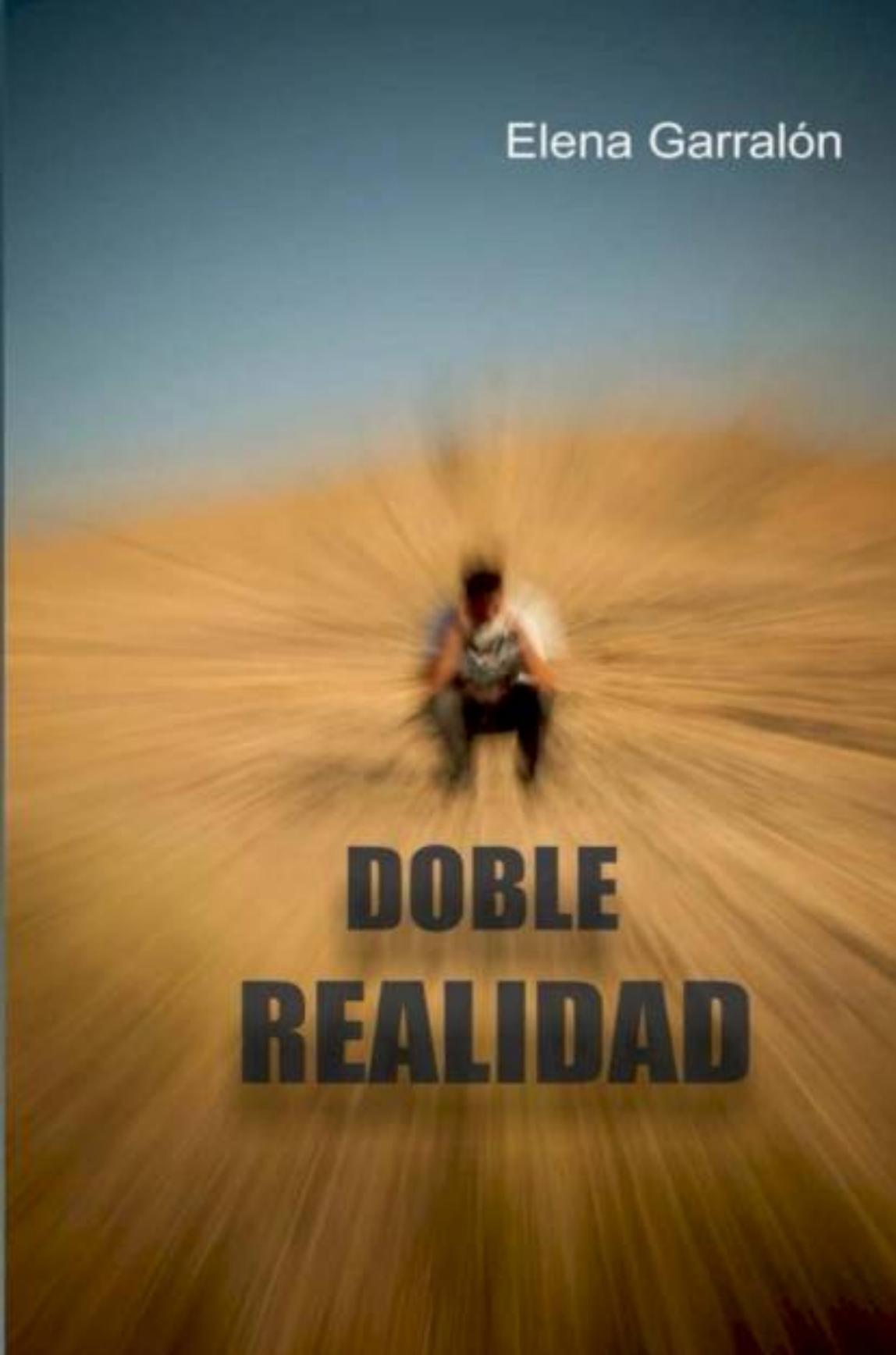


Elena Garralón

A person is sitting on a sandy dune, looking towards the camera. The image is heavily blurred with a radial motion blur effect, creating a sense of rapid movement or dizziness. The background is a clear blue sky. The overall color palette is dominated by warm, golden-brown tones from the sand and the cool blue of the sky.

**DOBLE
REALIDAD**

DOBLE
REALIDAD

Elena Garralón

Doble Realidad

© Fotografía de portada: Daniel Gil (www.flickr.com/dagilmar)

© 2014 Elena Garralón Torres.

Todos los derechos están reservados, incluidos los de reproducción, total o parcial.

Contacto: elenagarralon@gmail.com.

<http://elenagarralon.blogspot.com>

www.facebook.com/elenagarralon

Para Aston

ÍNDICE

INTRODUCCION

PRIMERA PARTE: IMPACTO

SEGUNDA PARTE: REBECA

TERCERA PARTE: CAOS

AGRADECIMIENTOS

BIBLIOGRAFIA

¡YA A LA VENTA!

INTRODUCCION

Dicen que cada vez que tomamos una decisión se crea una realidad paralela distinta. Si partimos de la base de que en la vida tomamos infinitas decisiones, por pequeñas que éstas sean, llegamos a la conclusión de que existen también infinitas realidades paralelas, infinitos yoes nuestros pululando por el universo, de los que no sabemos nada. Es posible que en esas otras realidades nuestros yoes sean lo opuesto a lo que somos en ésta. O quizá son fieles reflejos del yo que ahora conocemos.

PRIMERA PARTE: IMPACTO

Antes de

—Venga, tío —oigo que me dice Víctor a voces, intentando hacerse escuchar por encima de la música atronadora que resuena en nuestros oídos—. Está buenísima, acércate a ella.

Doy un trago largo a mi cerveza y observo a mi alrededor. Estamos en un pub abarrotado de gente que bebe, ríe, charla a grito pelado y unos pocos se han animado a bailar. Empiezan a escocerme los ojos, y mi mente da un salto hacia atrás, recordando la época en la que estaba permitido fumar en lugares cerrados, y me pregunto cómo la gente era capaz de permanecer allí sin que les empezasen a llorar los ojos.

Un codazo en las costillas me saca de mis pensamientos.

—¡Vamos, Nacho! —insiste mi amigo—. Joder, si no para de mirarte, es una clara invitación.

He coincidido con esa chica en un par de ocasiones, siempre por la noche y siempre en este mismo pub. Es una diosa. Tiene una melena encantadora, larga hasta la cintura, rizada y oscura, y una cara pálida con unos ojos enormes que hacen que el corazón me retumbe en el pecho. No distingo bien el color con estas luces, pero parecen claros. Y luego está su figura. Tiene una figura espectacular, es delgada pero no demasiado, y está totalmente proporcionada.

El caso es que no me atrevo a acercarme a ella, porque si me rechazara perdería la ilusión que he estado persiguiendo estos dos últimos meses.

—¡Venga! —me anima Víctor por tercera vez—. Hemos venido aquí para que la vieras. Ya la has visto. ¡Ahora ataca!

Le miro un momento y apuro de un trago el resto de la cerveza para armarme de valor.

Después de

Realidad Alpha.

—¡Papá! ¡Papá! —es lo primero que oigo mientras me desperezo lentamente.

Las fuertes sacudidas en la cama que acompañan a los gritos me avisan de que ya es hora de levantarse. El sol entra tímidamente por la ventana, así que no puede ser muy tarde.

Finjo seguir durmiendo mientras siento los dos terremotos que aterrizan en mi cama, poniéndolo todo patas arriba. Unas manitas se aferran a mis axilas y empiezan a hacerme cosquillas. Yo me río e imploro:

—¡Nooooooooo! ¡Nave estelar llamando a base, necesitamos refuerzos! ¡Nos atacan los marcianos!

Oigo sus risitas infantiles y me siento henchido de amor. Estas dos criaturas son las más hermosas que ha creado el mundo. Aparte de Ana, por supuesto.

Abro los ojos y les miro. Arturo, con el pelo negro y alborotado, su sonrisa desdentada, las mejillas arreboladas por la emoción, a juego con su pijama rojo de Spiderman. Y Paula, fiel reflejo de su madre, con el pelo negro y rizado, los ojos azules y la carita pálida. Será amor de padre, pero son dos pequeños seres humanos perfectos.

—¡Venga, papi, dice mami que te levantes! —exclama Paula con los ojos muy abiertos—. Vamos a desayunar tortitas con nata —explica con un cuchicheo, como si se tratase de una información delicada.

—“Dice mami, dice mami”... —se mofa de ella Arturo, “Arti”, como le gusta que le llamen. —¡Eres una niña pequeña!

—¡No lo soy!

—¡Sí que lo eres!

—¡Tengo cinco años!

—¡Vaya cosa! ¡Yo tengo siete!

—Haya paz —intervengo, y para distraerles cojo a cada uno con un brazo, los tumbo en la cama y ahora les hago cosquillas yo—. ¡Guerra de cosquillas!

Las carcajadas de los niños quedan interrumpidas por la voz de Ana, que ha entrado en la habitación sin que nos diéramos cuenta.

—¿Quién quiere tortitas? El que llegue el primero rebaña el cuenco de la nata.

Y los dos pequeños desaparecen de mi cama como por arte de magia. Casi me parece ver que dejan un reguero de polvo a su paso.

Ana se ríe y me mira.

—Son tremendos —dice mientras se inclina para darme un beso.

—Buenos días, preciosa.

Me coge de las manos y tira de mí hacia arriba para levantarme.

—Vamos, vago, hoy tenemos visita al zoo.

—Mierda —digo entre dientes—. Se me ha olvidado empollarme el “Naturaleza para tontos: enseñe a sus hijos las costumbres de los animales aunque no tenga ni idea”.

Ella se ríe con esa voz melodiosa que adoro.

—Creo que te seguirán queriendo igual —declara mientras se dirige a la puerta, presionándome para que me dé prisa.

—Como yo a ti.

—Y como yo a ti— sonrío ella, y me tira un beso.

Realidad Beta.

Estoy tomando unas cervezas con Víctor. Maldigo entre dientes. Me he perdido la visita al zoo. Mierda. Con amargura, apuro la botella y le hago una seña al camarero para que nos sirva otra ronda.

—Eh, amigo, vas muy rápido hoy —dice Víctor, que tiene su botella a medias aún.

Asiento con la cabeza y él me mira comprensivo.

—Vaya, te has vuelto a perder algo importante, ¿no?

—La primera visita al zoo de los niños.

Veo en la cara de mi amigo que no le parece una cuestión tan crucial, pero no me lo discute. Sabe lo quemado que ando con todo este asunto.

—Lo siento, colega —Y sé que lo dice de verdad.

El camarero se acerca con la nueva ronda, y en cuanto tengo la cerveza en la mesa, la cojo y le empiezo a dar vueltas, pensativo. Entonces, una mano la atrapa y me la quita. Levanto la vista y veo a Ana de pie, junto a nuestra mesa. Por un lado mi corazón empieza a galopar con alegría. Por otro, la tristeza que me acompaña se hace más acuciante.

—¡Hola, chicos! —saluda ella, ajena a todo lo que se me pasa por la mente. Se agacha para darle dos besos a Víctor, y a mí, como siempre, me da un beso en la mejilla a la vez que me revuelve el pelo.

Ana no sabe que estoy enamorado de ella. Es mi mejor amiga y sé que me quiere mucho, pero no es suficiente para mí. Hablo de esta realidad paralela, claro. En la otra, Ana es mi mujer y madre de mis hijos. En esta realidad Arti y Paula no existen.

Pero rebobinemos un poco.

La noche del pub sucedieron dos cosas contrapuestas. Una es que reuní valor y fui a saludar a Ana. La otra es que no lo hice.

A partir de entonces, vivo en dos realidades distintas. Cambio de una a otra sin orden ni concierto y muchas ve-

ces, como hoy, aparezco en la otra realidad de repente, lo que hace que deje muchas cosas a medias en la otra. Por supuesto, de esto sólo me doy cuenta yo, puesto que mi cuerpo siempre está presente en ambas realidades, pero mi consciencia, mi "yo", mi esencia, se halla dividida entre las dos. De ahí que me haya perdido la primera visita al zoo de mis hijos, así como me perdí el cuarto cumpleaños de Paula y el séptimo aniversario de boda con Ana. Y, sin embargo, los recuerdos están en mi cabeza. Puedes preguntarme cualquier cosa que haya ocurrido en un momento en el que mi esencia estuviera en esta realidad, que responderé correctamente. Pero son recuerdos falsos para mí, como si alguien los hubiera implantado allí para poder ganar en un concurso de preguntas sobre mi propia vida. Me falta la experiencia en sí.

La noche que fui a saludar a Ana fue maravillosa. En cuanto sus carnosos labios rozaron mis mejillas para darme los dos besos de rigor, supe que aquélla era la mujer con la que quería compartir mi vida. A partir de ese momento, no nos separamos jamás, nos casamos enseguida, tuvimos a los niños pronto, y somos un matrimonio de esos de los que causan envidia en la gente.

La noche que no fui a saludar a Ana fue una noche más. No volví a verla, a pesar de visitar el mismo pub uno y otro sábado, hasta que coincidimos en una charla informativa que impartió el observatorio de La Sagra sobre la amenaza que representa el meteorito que se está acercando peligrosamente a la Tierra. Según parece, desde hace unos años se está observando la aproximación de un meteorito que podría causar la extinción de la raza humana. Por sus dimensiones, unos 15 kilómetros de diámetro, se está comparando con el que, según algunos astrónomos, provocó la extinción de los dinosaurios del Cretáceo.

Coincidió que, durante esa charla, la mujer que se sentó a mi lado resultó ser Ana. Ella no me recordaba, pero durante los descansos aprovechaba para comparar impresiones conmigo, y terminamos tomando un café después. Nos hicimos grandes amigos, pero nunca surgió nada ro-

mántico entre nosotros, y no porque yo no lo desee, sino porque me parece evidente que simplemente me ve como a un amigo.

Durante este tiempo la he visto reír y llorar, pasar de una relación a otra, totalmente enamorada, y luego totalmente destrozada. Hemos sido nuestros respectivos paños de lágrimas, nos hemos apoyado y ayudado, hemos compartido más de una noche de confidencias e incluso hemos dormido juntos, abrazados, pero sin pasar nunca al plano físico. Pero Ana no tiene ni idea de mi gran secreto. Esto es algo que sólo le he confiado a Víctor.

Volviendo al momento actual, oigo que Víctor le pregunta:

—¿Y cómo tú por aquí?

—Pues es que he quedado con Manu para tomar algo y ver una peli después, ¿os apuntáis?

Manu es el chico con el que sale ahora. No es nada serio de momento, pero cuando le veo saludándonos con la mano desde su mesa se me revuelve el estómago. Así que me apresuro a negar con la cabeza.

—No, no —digo, mientras hago un gesto con la mano como para ratificar—, gracias, pero ya tenemos planes.

—Vale, pues entonces a ti te veo mañana —dice, dirigiéndose a mí, y volviéndose a Víctor explica: —tenemos tarde de compras— y le guiña un ojo.

Esta cuestión tiene su gracia. Hace años que acompaño a Ana a comprarse ropa, pero ella piensa que me está acompañando a mí. Me explico. Le encanta ir de tiendas, y hace años, debido a su trabajo, disponía de muy poco tiempo libre. Así que quería aprovecharlo de una forma mejor que yendo de compras. Por eso, un día me inventé que necesitaba imperiosamente unos pantalones y le pedí por favor que me acompañara. Supongo que puse demasiado énfasis en lo mucho que me entusiasmaba ir de tiendas, porque desde entonces, ella se quedó con la idea de que era un apasionado del "shopping". Así que, cada cierto tiempo, me propone una sesión, en la que realmente es ella la que busca, rebusca y compra, pero cree que me está

haciendo feliz, y si con eso es feliz ella, no tengo nada que objetar.

Miro cómo se aleja y se reúne con ese tal Manu y mi corazón se encoge de dolor.

Realidad Alpha.

—Papi, ¿qué pasaría si el metirito se chocara con la Tierra? —pregunta Paula con curiosidad.

—Se dice meteorito, cariño —apunta Ana.

—Pues eso, metirito.

Sonríó y le lanzo una mirada pícara a mi mujer.

Siento a Paula en mis rodillas y le acaricio la cabeza.

—No tienes que preocuparte por eso, cielo, está todo bajo control.

—Ya lo sé, pero tengo curiosidad.

En contra de lo esperado, Arti se suma a su petición en vez de burlarse de ella.

—¡Yo también quiero saberlo, papá!

—Bueno, creo que eso os lo explicará mejor mamá —respondo, y le cedo la palabra a Ana.

Ana es mejor explicando las cosas que yo. Sobre todo de manera que lo entiendan los niños.

—Si un meteorito del tamaño del que se está acercando impactara contra la Tierra, cosa que no va a pasar —enfatisa—, podría hacer que todos los seres vivos desapareciéramos.

—¿Nos moriríamos? —pregunta Paula, asustada.

Ana duda un momento y me echa una mirada furtiva.

—Así es —confirma mientras le acaricia la cabeza—. Pero, como ya os he dicho, eso no va a ocurrir.

—Van a desviarlo, ¿no? —inquiere Arti, un poco petulante.

—Sí —contesta Ana—. En el Observatorio han hecho muchas pruebas y tienen la solución, así que no os preocupéis por esto.

—Pues yo he oído que si mandan misiles para desviarlo, las consecuencias son imprivisibles —dice Arturo.

—Imprevisibles —le corrijo.

—Es cierto —acepta mi mujer—, pero en este caso han solventado ese problema y esas consecuencias también están controladas.